

## Jóvenes transgresores

---

*Anabel Castillo*

En estos "tiempos modernos" que vivimos, caracterizados por el agite, el stress... y por la inseguridad, se ha hecho común atribuir como causa del gran mal de nuestra inseguridad cotidiana, a los jóvenes y adolescentes que andan por la calle haciendo de las suyas, dícese, robando, atracando, y, en el peor de los casos, matando y violando. Pero, por qué no nos detenemos un poco y pensamos en las consecuencias de esta perversa creencia, ampliamente publicitada.

Un primer aspecto que debe ser comentado es, sin lugar a dudas, el de su efecto estigmatizante y reduccionista. Con las opiniones emitidas se mezcla una suerte de euforia colectiva transformada en opiniones irracionales que a veces trascienden el ámbito del discurso para entrar en el ámbito de la acción, viendo situaciones donde la gente, por miedo, incomodidad o qué se yo otros sentimientos, decide que su vida vale más que la de esos pobres diablos y que en consecuencia debe aplicarse la Ley de Vagos y Maleantes; la población debe armarse; en algunos extremos se acepta la pena de muerte; surgen grupos —mal

llamados organizados— de la sociedad civil como "Luces contra el Hampa" y, en definitiva, ¿qué nos queda? A estas alturas, lo más probable es que sólo se rescata la rabia, el reconocimiento, el resentimiento y, en fin, una gran desesperanza y, desde el que emite la opinión, una alta tendencia a patologizar estas conductas e incluso a

deshumanizar. De esta manera el problema se reduce a suponer que la inseguridad personal (la de todos los días) es producto de que jóvenes marginales y pobres anden en la calle ociosos o sin hacer nada, vagueando. Esta postura es reduccionista en el sentido de querer limitar el problema de la inseguridad a razones estrictamente socioeconómicas, en algunos casos, y, en otros, se atribuye a razones estrictamente individuales, como si las condiciones sociales no tuviesen que ver, entre las cuales se incluyen la escuela, la familia, el grupo de amigos, ámbitos que son genéricos y no exclusivos de un sector social o de otro.

Otro aspecto, en relación con lo anterior, tiene que ver con las consecuencias que estas visiones del problema pueden tener en la definición de políticas para su control. Desde la postura actual, tal y como creo que está siendo considerado el problema, las respuestas suelen ser más con políticas de represión que de prevención. Dicho sea de paso, una política represiva no hace falta cuando los controles, y por ende la institucionalidad de un país, funcionan; creo que no es el caso de nuestro país —por lo menos en los actuales momentos—. La otra cara, la de la prevención, por supuesto que no cabe cuando las soluciones aplicadas son de emergencia y sólo para “apagar el fuego”.

Este artículo quiere hacer énfasis en el aspecto estigmatizante y reduccionista del problema antes esbozado. Para ello, se han querido aprovechar estas líneas como una oportunidad: la oportunidad de expresar una mirada de esperanza sobre los jóvenes transgresores. Esto no significa justificar; por el contrario, se quiere ampliar el espectro posible de comprensión de dicha problemática. Para ello un punto de inicio es desmitificar.

## **Los mitos**

Si existiera alguna manera para combatir el reduccionismo, pienso que una vía puede ser a partir de los mitos, mejor dicho, desmitificando las construcciones sociales que en relación a este problema se hacen.

### **“La vida no vale nada...”**

Una de las ideas que se producen a partir de esta tendencia estigmatizante es suponer, como algo absoluto e incuestionable, que la

vida para estos jóvenes de la calle, de la vida fácil, no tiene ningún valor. Pero, existe otra forma de entender la vida; desde el punto de vista de estos jóvenes, la vida tiene otras dimensiones<sup>1</sup>. La vida cobra un valor incalculable. Entre el dinamismo de la vida y el destino irremediable de la muerte, se construyen grandes utopías, la mayoría ilegales, pero legítimas, lo suficiente como para recordar que estar vivo equivale a no darle el gusto al destino irremediable.

También suele existir la tendencia a negar el mundo afectivo y emocional de los jóvenes transgresores; quizá sea éste uno de los puntos sobre los que más comentarios debamos hacer y porque, en principio, creo que reconocer lo afectivo en el joven transgresor es el primer paso a su humanización.

Su mundo afectivo significa que en el mundo interno de estos jóvenes la amistad, el respeto, el reconocimiento y la familia, juegan un rol fundamental.

La amistad representa el conjunto de relaciones donde a veces la solidaridad y otras la fuerza se imponen para definir los vínculos entre unos y otros. Pero también es la relación sembrada sobre la posibilidad de la desconfianza, una relación turbia, en el sentido de que también la desconfianza, la supervivencia y autodefensa son razones suficientes para declarar la guerra. Su otra cara puede significar la excusa necesaria para definir las reglas de juego donde la defensa del «pana» es antes que la posibilidad de traicionarlo; significa solidaridad, compromiso; eso sí, la traición se paga caro. En este sentido la amistad es una expresión de la alteridad propia del ser humano.

## La familia

Otro espacio importante para comprender esta dimensión humanizante del joven transgresor es la *familia*. Contrariamente a lo que muchos pensarían, la familia se convierte en un espacio social altamente significativo, más allá de la típica caracterización según la cual estos jóvenes pertenecen a familias desestructuradas, de madre soltera o situaciones similares<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> CASTILLO, Anabel (1994), Historia de vida de menores transgresores a la luz del concepto de Carrera Moral de Rom Harre. USB, Caracas, Mimeo.

<sup>2</sup> MORENO, Alejandro (1993), El aro y la trampa. Episteme, Modernidad y pueblo. Valencia, Venezuela: Centro de Investigaciones Populares (CIP).

En primer lugar, dibuja dos familias, la familia real y la deseada. la que tiene y de la que forma parte realmente, y la familia a partir de la cual es posible construir la gran utopía de una familia distinta a la que tiene.

En la *familia real*, a la cual pertenece, la figura de la madre es central y, cuando el padre está ausente el rol del hijo varón es crucial, como sostén económico, aunque sea por la vía de la ilegalidad, y como garante de la seguridad afectiva. Además, desde esta dimensión, se definen muy claramente los roles de lo masculino y lo femenino. Lo masculino, representado por el joven hijo, equivale a garantizarle a la mujer-madre el soporte económico necesario. Más aún, optar por esta forma de vida (la ilegal) puede quedar profundamente justificado si el objetivo es darle seguridad económica y social, en el sentido de que el hijo-hombre la represente ante la sociedad.

Por otra parte, la relación entre la mujer-madre y el varón-hijo puede ser entendida como el producto de una red de reciprocidades donde la madre se constituye en su principal soporte afectivo y, al mismo tiempo, porque es incondicional, porque siempre está o, simplemente, "porque madre sólo hay una".

En la *familia deseada* las figuras importantes son su "mujer", los hijos y él mismo. Se constituye en la gran utopía, porque puede ser la gran oportunidad de construir el espacio afectivo que a él no le dieron, donde su mujer-esposa-madre debe contar con él, tanto en el soporte económico que éste brinda como en su representación social del rol masculino. Por otra parte, es la oportunidad de no repetir los aspectos negativos vistos en la familia real. La familia deseada es, pues, la oportunidad de hacer las cosas mejor.

En segundo lugar, y como expresión de lo anterior, al tema de la mujer se une la visión que tiene de la madre. Es una visión que descubre el carácter matricentral de la familia venezolana. En la expresión de Moreno (1993) es la familia "...constituida por una *mujer-madre con sus hijos*", donde las necesidades básicas que exigen su rol femenino no son satisfechas a través de la relación de pareja como cabría esperar. Esta ausencia, física o afectiva, de la pareja establece de manera inevitable un vínculo de la madre con el hijo varón. La madre

es una figura clave para el menor, es la más importante dentro de su cuadro afectivo. Es un móvil de acción tal, que matar puede ser la excusa necesaria cuando se trata de defenderla, pues "madre sólo hay una", "mi mamá es mi única amiga". Por su incondicionalidad, por su apoyo, porque simplemente "madre es madre". Ella se merece que el hijo varón responda por ella, la apoye en lo económico, aunque ésta tenga un "hombre" que de cuando en cuando "le pase algo".

Las ideas hasta aquí expuestas no son, en ningún modo, concluyentes. Por el contrario, abren nuevas interrogantes e inquietudes. Comprender la delincuencia juvenil significa ir más allá de la simple asociación con la marginalidad atribuida a estas conductas. Significa entonces, un cambio de visión.

[Tomado de «SIC», VENEZUELA, 590(Diciembre 1996), pp. 444-445]

